

Enrique Decarli

Tokio



menos**cuarto**

Un jurado formado por Espido Freire, Juan Manuel de Prada, Libertad Pelayo y José Ángel Zapatero, presidido por Juan Pedro Aparicio, adjudicó a *Tokio*, de Enrique Decarli, el Premio Tristana de Novela Fantástica, en su decimotercera edición, organizado por el Ayuntamiento de Santander.

© Enrique Decarli, 2021

© de esta edición, Menoscuarto [E. Cálamo, S. L.], 2021

ISBN: 978-84-15740-69-8

Dep. Legal: P-61/2021

Diseño de colección: Echeve

Fotografía de cubierta: © Daniel Peluffo

Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Una historia para Tokio

Yo solo puedo recordar lo que está destruido.

J. M. BRAUSEN

PRIMERA PARTE

María

*... a veces
lo que se nombra
se vuelve
real.*

BÁRBARA ALÍ

1

Grabé su nombre. Mi voz diciendo su nombre. La boca cerca del micrófono, muchas veces, María, espaciado por dos o tres segundos que coincidían con dos o tres pasos mientras iba y volvía por el pasillo. María. A medida que lo repetía las pausas eran menores y aceleraba el ritmo hasta que terminé corriendo de punta a punta del departamento con el grabador cerca de la boca que sufría los vaivenes de maríamaríamaríamaría. Me detuve de golpe e interrumpí la grabación. El archivo marcó 0:58'. Dejé el grabador sobre la mesa y prendí un cigarrillo. Estaba asustado. La posibilidad de escuchar, durante cincuenta y ocho segundos, la palabra Tokio. Interiormente conté tres. Me acerqué al grabador. Apreté *play*. La grabación reprodujo un sonido ambiente en el que, antes de escuchar la voz, reconocí mi respiración dándose ánimo. María, fue lo que siguió. Tres segundos sin voz, pasos y respiración. María. Y después las pausas más cortas, el ritmo *in crescendo*: María María María en forma tan ininterrumpida que me dio la sensación de haber dicho amaría. Amaríaamaríaamaríaamaría.

2

Cuando veía acercarse el tren escribía un mensaje que en general decía: En camino. Ella contestaría algo así como Te espero, o Nos vemos. Busqué el chat y me dije por qué no. Por qué no volver a escribir. Hola, escribí. Te extraño. Espero que estés bien. Mandé el mensaje. El tren paró adelante mío.

El viaje fue el de siempre. Media hora a la terminal, tomar el subterráneo, cinco estaciones, cambiar de subte, veinte minutos, caminar diez cuadras hasta el edificio del arenal. Desde la vereda vislumbré, a través de los vidrios esfumados, la figura de Edgar, todo gorra y todo panza, deambulando por ahí. Puse un dedo en el timbre y lo apreté. Al instante fue el sonido eléctrico del portero. Después la voz de mujer.

—Estampado de camisas.

—Traigo una camisa —dije.

—Adelante —dijo la voz.

Edgar abrió la puerta.

—Buenas tardes. —Y en los surcos de la cara me resultaron evidentes, ahora pronunciados por el tiempo, los estragos que en él hacía el alcohol.

La frescura del palier inmenso. Los jarrones altos de flores artificiales. El sonido bajo mis pies y el perfume del *parquet* encerado indicaban que había vuelto al lugar querido. Una dimensión idéntica a esta en la que todavía existía ella. Entré en el ascensor y apreté el indicador del piso. Inesperadamente subía. La puerta del departamento estaba entornada como la dejaba María para que entrara mientras terminaba de secarse el pelo, vestirse, maquillarse o sacar la comida del horno. Apoyé una mano en el picaporte. Di dos golpes suaves y empujé.

—Hola —dijo la mujer. Saqué la camisa de la bolsa y se la di. Examinó la tela y dijo que servía—. ¿Trajo un modelo?

—Quisiera estampar la palabra María.

—Muy bien —dijo ella.

—En la espalda, por favor. María. —Entonces le pregunté por los habitantes anteriores. Si sabía algo. La pregunta pareció incomodarla. Metí la mano en un bolsillo y le di un puñado de billetes que excedería la seña—. Hace tiempo —dije—, fui pareja de una mujer que vivió acá.

María había alquilado el departamento antes de mudarnos a San Xavier. La mujer también era inquilina. El primer contrato. Es decir: entre María y ella había un *batche*.

—Un doctor especialista en huesos —dijo—. Si no me equivoco... —Trató de aproximar el apellido y concluyó que podía ser Sigliardo—. Más o menos.

Quiso devolverme la camisa y me negué.

—El estampado me interesa. Paso en la semana.

Pero antes de despedirme confirmaría la inutilidad de mi regreso.

—Se lo pregunto porque está muy de moda —dijo—. El estampado, ¿lo quiere en letras japonesas?